



Paul Frymer, *Building an American Empire. The Era of Territorial and Political Expansion*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 2017. 295 páginas. ISBN: 9781400885350.

La Constitución de Estados Unidos de 1789 dio poder al gobierno federal para poder recaudar impuestos, legislar y, además, determinar qué territorios podían formar parte de los Estados Unidos, o de algún estado ya miembro (p. 56)<sup>1</sup>. También permitía al gobierno federal establecer fuertes, puestos militares y un ejército que protegiese al país, que tras el Tratado de París (1783) y la firma de la paz entre Estados Unidos y Gran Bretaña, se refería sobre todo a la amenaza de los diversos pueblos nativos que estaban en pie de guerra por la usurpación de su tradición milenaria de caza y vida itinerante. El gobierno federal controlaría las nuevas tierras a incorporar al país y las relaciones con los pueblos vecinos, incluyendo los nativos. Durante los siguientes cien años y más, hubo tensión casi constante entre los nativos, que iban siendo apartados de sus tierras para que colonos blancos se fuesen instalando en un territorio que el gobierno federal veía como virgen y agreste, sin ley ni propietario, ignorando las costumbres de los pueblos que ahí habitaban. Para ello, y debido a la debilidad del gobierno federal, su falta de recursos económicos o militares, su poco control administrativo sobre la frontera, y su necesidad de una colonización gradual que permitiese vender u ofrecer tierras a los colonos solo cuando el ejército tuviese la capacidad de ejercer control sobre las grandes extensiones del oeste, la práctica habitual fue de evitar enfrentamientos con nativos hasta que el Estado controlase cada zona del país. De esto y más versa el presente volumen. El propósito del autor es el de trazar el afán de construir un imperio, un deseo que reinaba en ciertos círculos políticos de Estados Unidos, y cómo esto se relaciona hoy en día con políticas expansionistas y nacionalistas tanto en Washington como en algunas otras capitales. Para ello, se centra en el control de la propiedad, como piedra angular de una visión nacional construida étnicamente.

La cuestión de la colonización de las tierras tenía que ver tanto con “civilizarlas” como con conseguir que fuesen los habitantes blancos los que constituyesen la mayoría (pp. 60-61). Para el padre fundador de la nación, Benjamin Franklin (1706-1790), los anglosajones eran los verdaderos blancos; todos los demás europeos serían de otra raza, aunque admiraba a los franceses (p. 61). Otros padres fundadores fueron más tolerantes con las razas europeas, pero su tolerancia no se extendía a los nativos americanos, ni en general a los africanos. Thomas Jefferson (1743-1826) pensaba que los españoles que emigrasen al nuevo mundo contribuirían a la prospe-

<sup>1</sup> El autor de este libro, Paul Frymer, es Profesor de Ciencia Política y Director del Programa de Derecho y Asuntos Públicos de la Universidad de Princeton. Ha sido galardonado en numerosas ocasiones tanto por sus publicaciones como por su docencia. Sus libros han tenido un gran impacto en el ámbito académico, como se deriva de la presentación de este libro en: <https://www.youtube.com/watch?v=ZyiSIRjBLNw>.

ridad de Estados Unidos (p. 62), aunque España fuese un rival que controlaba el río Misisipi y las tierras aledañas.

El gobierno federal iría tomando control de la frontera como una forma de conseguir recursos, dada la debilidad impositiva del Estado. Los colonos estadounidenses actuaban como defensores del Estado, legítimo a sus ojos, ante nativos que se comportaban como si la soberanía ejercida desde Washington no fuera de especial interés para sus vidas en Kentucky, Ohio, Tennessee y más allá (p. 71).

Paulatinamente los pueblos indios se fueron organizando para intentar frenar esta expansión hacia el oeste, pero siempre llevaban todas las de perder, pues aunque no les faltara organización militar y valentía, no podían competir con la marea humana que se extendía por el país. Así, la compra de Luisiana (*Louisiana Purchase*) en 1803 ignoraba por completo la presencia de nativos y suponía que el control de las tierras pasaría de Francia a Estados Unidos gracias a un tratado entre Napoleón Bonaparte (1769-1821) y el presidente Jefferson. Este vasto territorio que incluye partes de lo que hoy en día son quince de los estados de Estados Unidos, y parte de Canadá, pasó de unas manos a otras sin considerar a los habitantes, lo cual no era inusual en aquellos tiempos. El país doblaba así su tamaño, por lo menos sobre el papel, y sería necesario hacer un ejercicio efectivo de esa soberanía, invitando a colonos a ocupar este territorio de forma gradual para que cada zona se incorporase como un estado de la Unión en su debido momento. Pero de ello surgirían también problemas importantes, pues quitar a los nativos de sus tierras resultó ser costoso, brutal y escandaloso (p. 77). Por otra parte, creaba más situaciones de tensión, pues al desplazar a unos indios a tierras de otros, daba lugar a una situación bélica de indios en pie de guerra por haber perdido sus tierras ancestrales y que llevaría a alianzas entre los pueblos indígenas que veían como el hombre blanco les iba cercando. Además, la nueva nación tenía también su conciencia, y un grupo de activistas en el norte del país fue desarrollando una defensa de los derechos de los pueblos oprimidos. Así personas como Harriet Beecher Stowe (1811-1896) formarían parte de un movimiento para protestar por los excesos cometidos en algunos estados, lo cual llevaría más adelante a la guerra civil, en parte por la cuestión de la esclavitud (p. 72).

El *Indian Removal Act* o Ley de Traslado de los Indios de 1830 mostró la creciente fortaleza de un Estado nacional capaz de forzar a 100.000 personas a dejar sus tierras, consiguiendo así el objetivo que ya venían expresando algunos políticos y colonos de que las tierras hasta el río Misisipi fuesen colonizadas por “americanos”, no “indios” (p. 77). Esto llevó a la guerra en varias ocasiones. La derrota del jefe de los Shawnee, Tecumseh (1768-1813), que hizo todo lo posible por unificar los pueblos indios y por defender las tradiciones y tierras de los nativos del afán por empujarles hacia los grandes lagos, completó el ciclo de ocupación de la frontera hasta el Misisipi (p. 85). Según indicó el primer gobernador del Territorio de Orleans, para ocupar la zona de la compra de Luisiana hacía falta poblar el territorio con más blancos que negros, indios u otros (p. 100). Pero las plantaciones, los granjeros y el sector manufacturero solicitaban la importación de más esclavos para cultivar las tierras y así aumentar su producción. Al final la solución al dilema racial sería la de reforzar la jerarquía racial, fortalecer a los blancos y evitar que negros libres emigrasen a Luisiana (p. 102).

Ya desde tiempos del *Chief Justice* o Juez Presidente del Tribunal Supremo, John Marshall (1755-1835), se había establecido el derecho de los conquistadores a ocupar las tierras de las Américas. Marshall siguió el principio ya establecido por los

conquistadores europeos de apropiarse de tierras que se usaban solo para la caza, lo cual en la legislación inglesa no constituía razón suficiente para excluir al “descubridor” de estas (p. 111). Las tierras de los indios estaban “vacantes”, ya que los indios no poseían las tierras de una manera que los países europeos y el gobierno federal concibiesen como legal. Además, “la conquista otorga un título que los Tribunales del conquistador no pueden negar” (p. 111)<sup>2</sup>. Así, el Tribunal Supremo en torno a 1819 consideraba que los Estados Unidos tenían la superioridad por su derecho a la conquista y los derrotados no podían cuestionar esta ley suprema de la fuerza (p. 112). Marshall intentó también que todo trato con los indios pasase exclusivamente por el gobierno federal, pero este principio nunca llegó a ser aplicado como tal y cada Estado de la Unión trató con los nativos de la manera más expeditiva a sus intereses (p. 113). En todo caso, el gobierno federal se aliaba con los Estados de la Unión en los conflictos con los indios, y en general no reconoció los derechos de los nativos, incluso cuando los Cherokee adoptaron una constitución propia a la imagen y semejanza de la de EE. UU. Cualquier soberanía por parte de los nativos sería un inconveniente a la hora de proceder con subastas de tierras, pues los Estados y el gobierno federal necesitaban el dinero que provenía de la venta de tierras (p. 117).

En Oregón se procedió a una política de ocupación del territorio que luego se aplicaría también a territorios colindantes: se aseguraba que fuesen blancos los que ocupasen aquellas tierras, aunque no fuesen ciudadanos estadounidenses. Lo importante era evitar que indios y negros intentasen tomar el control de estas ricas zonas del país (pp. 138-140). No es sorprendente que se llegase a enfrentamientos, como con el conocido jefe de los indios modoc, “Captain Jack”, finalmente ejecutado por rebelión. El *Homestead Act* de 1862 y otras leyes de colonización permitían que cualquier blanco que ocupase y cultivase una cierta extensión de tierras llegase a ser propietario de estas, con tal de mostrar capacidad de defenderlas (p. 151). Y aunque a mediados del siglo diecinueve ya se había apartado a muchas tribus indias, reubicadas en reservas o donde no estorbasen a los colonos, surgió el problema entonces del derecho de paso de trenes que cruzarían las tierras indias. Una vez más se encontraron argumentos para asegurar que el futuro del país estaría en manos del desarrollo industrial y comercial, no de los nativos. En esta ocasión se argumentó que la posesión en común de las tierras por parte de las tribus resultaba injusta, y que por ello demostraban falta de respeto hacia sus propios miembros y al gobierno federal, por lo que se debían dividir las tierras (p. 159-160). Así se consiguió una vez más hacer retroceder a los nativos de tierras que serían útiles para el desarrollo comercial de Estados Unidos.

El capítulo 5 “The Limits of Manifest Destiny” (pp. 172-219) detalla cómo el Congreso de Estados Unidos consideró la posibilidad de expansión por las Américas. La doctrina de *Manifest Destiny* o destino manifiesto proponía que todo el continente formaba parte del plan de la providencia de dar el control de las tierras de América a un pueblo libre, cristiano, anglosajón. Se sucedieron los intentos por colonizar Cuba, México, la República Dominicana y América Central, junto con la visión de una gran civilización norteamericana que se extendiese hacia el sur, en gran medida debido al control militar. Esto propició de nuevo el debate en aquellos años entre los esclavistas, que querían ocupar tierras con sus esclavos y cultivar grandes extensiones, y aquellos que preferían potenciar únicamente a los colonos blancos sin mezclar razas (pp. 209-210).

<sup>2</sup> “[C]onquest gives a title which the Courts of the conqueror cannot deny”.

El capítulo 6 “A Second Removal? The Rise and Defeat of Black Colonization” (pp. 220-262) trata sobre la política de colonización de negros, es decir, el plan para enviar a los afroamericanos a otro país, fuera Liberia, Panamá o alguna isla del Caribe. La idea en boga en aquellos años era la de que nunca podrían coexistir las dos razas, y por ello se debía buscar un sitio para los negros que fuesen liberados durante la Guerra Civil (1861-1865) y los años posteriores a este gran conflicto estadounidense. Dado que una de las premisas de la guerra era la emancipación de esclavos, habría que buscarles un sitio ya que el país se encontraría pronto con un gran número de afroamericanos libres. Los esfuerzos por buscarles otro destino no fueron especialmente exitosos, pero mostraron un afán constante por separar las razas. Al final esta cuestión se resolvió de manera muy pragmática: el beneficio económico de tener una clase racial inferior y trabajadora dentro del país junto con el coste que supondría transportarles a otro país hizo que cualquier intento por buscarles otro hogar acabara perdiendo fuerza (p. 257).

La captura en 1886 del jefe apache Gerónimo (1829-1909) representó el final de la frontera salvaje (p. 264). Estaba claro que el país había conseguido su objetivo de control del Lejano Oeste. Curiosamente, esta fase coincidió con la guerra contra España de 1898 y la expansión en otra dirección, hacia el sur (p. 267). Ahora los horizontes que se abrían para el país serían globales, incluyendo restos del imperio español de ultramar, Cuba, Filipinas, Guam, Puerto Rico, junto con la colonización de Hawái. El autor argumenta que Estados Unidos propició una política más compacta, racial y controladora que el Imperio español, y que al final la norteamericana fue la más exitosa, aunque violenta en términos raciales (p. 219).

La conclusión que nos ofrece este libro es que la idea de imperio venía ya dada desde los orígenes del país y que la expansión global que vino a posteriori estaba ya en la narrativa nacional. Este imperio sería blanco y masculino; las otras razas y las mujeres constituirían algo así como herramientas o eslabones en la evolución del país hacia una superioridad militar a costa de las vidas de muchos (pp. 278-279). El autor ha detallado los esfuerzos de los abolicionistas por defender los derechos de los afroamericanos, pero también las formas en que fueron superados por intereses políticos y comerciales. Es interesante notar que los colonos pensaban que operaban como individuos libres que ocupaban tierras casi sin presencia alguna del gobierno. Sin embargo, sus acciones fueron sujetas a una lógica federal que les consideraba como individuos armados que protegían los intereses de los Estados Unidos ante las incursiones de los salvajes. No cuesta mucho trasladar esta mentalidad a hoy en día, y oírla en boca de aquellos que ofrecen argumentos contra la inmigración de personas de otras culturas (p. 280).

El aspecto menos desarrollado del libro sería el de la debilidad del gobierno federal, aunque supuestamente ejerció un gran control sobre las políticas de expansión. Es difícil entender cómo un gobierno central endeble pudo mantener control de la narrativa y fronteras nacionales, en contraste con la descentralización del Imperio español, plasmado aquí como un fracaso ante el “éxito” de EE. UU. (p. 281). En todo caso, la formación histórica de los Estados Unidos muestra las contradicciones entre unos ideales liberales abiertos a la inmigración y una política opuesta a ciertas razas y culturas.

Daniel Blanch  
Saint Louis University, Madrid (España)  
Daniel.Blanch@slu.edu